

**Torres, Rosa María** (2000), *Itinerarios por la Educación Latinoamericana, Cuaderno de Viajes*, Argentina, Paidós.

**A**mérica Latina educa a sus niños, jóvenes y adultos de muchas maneras. En este libro se muestran algunas de ellas que, en su andar por el mundo, ha encontrado una gran educadora latinoamericana: Rosa María Torres.

Ella ha visitado escuelas, grupos de adultos e instituciones gubernamentales y no gubernamentales en diferentes países de la región y ha recogido experiencias de los actores educativos, administradores, maestros, instructores, gobiernos y de quienes reciben esta educación. Muestra algunas de esas prácticas, las desmenuza con textos breves y claros y nos convierte en actores

y testigos de nuestros éxitos y fracasos educativos.

La autora comparte esta radiografía desde la experiencia de muchos años, desde su visión –a través de la reflexión– de las prácticas educativas en América Latina y el Caribe.

Dice Fabricio Cano en su prólogo: “...se trata de un libro fuera de lo ordinario...” y confiesa que no le gusta escribir prólogos porque en la mayoría de las ocasiones éstos no logran abarcar la riqueza del libro que se pretende describir, en especial éste. Tiene razón, comparto el mismo sentimiento. Se trata de un libro inabarcable debido a la diversidad de experiencias que

presenta y a la habilidad de la autora para mostrar la lógica interna de cada una de ellas, sin utilizar discursos extensos o grandilocuentes; de hecho, al escribir esta reseña sentí temor de omitir aspectos importantes y un miedo espantoso al tratar de proyectar su riqueza poética y narrativa, que me maravilló desde sus primeras páginas.

Como se trata de un cuaderno de viajes, la autora utiliza cinco “itinerarios” para organizar las distintas experiencias, esto es, cinco recorridos diferentes por la educación, evitando el uso tradicional de la organización por capítulos. En el primer itinerario, titulado *El mundo de la educación*, incluye trece pequeños textos; en el segundo, hace visibles catorce experiencias que considera sobresalientes, le llama *Instituciones educativas*; en el tercero encontraremos trece experiencias de educadores latinoamericanos, de las que se aprende mucho; en el cuarto se podrán encontrar doce “experiencias inspiradoras”, y en el quinto, y último, se muestra lo que en ocasiones pasa con las

propuestas. En todos utiliza un lenguaje directo con metáforas que dejan un sabor agrí dulce y una sensación de posibilidad e impotencia, tan comunes en el mundo actual lleno de contradicciones y paradojas.

En el libro, la autora realiza un análisis crítico, partiendo de casos concretos, de los diferentes programas educativos que se han puesto en marcha en varios países. Basta un recorrido por algunos de los apartados para encontrar expresiones como la siguiente, en el artículo *Proyectitis*: “Proyecto, hoy se usa para decir metodología, técnica, programa, plan, estrategia, acción puntual y de corta duración, experimento, innovación”, y agrega: “En medio de esta proyectitis lo que sigue faltando es el proyecto que sea capaz de articular y orientar el quehacer y la transformación educativa, tanto a nivel de cada institución como a nivel de cada país y de la región como conjunto”.

Afortunadamente, en su largo caminar por la geografía de América Latina, Rosa María Torres también encuentra accio-

nes que alientan a educadores y educadoras comprometidos, ese otro tipo de programas exitosos que se realizan en Chile (las Novecientas Escuelas y la Red de Enlaces), en Colombia (las Redes escolares y la Red de maestro Rurales Investigadores), en México (Niños Migrantes), en Brasil (Jardín de Infantes Itinerantes), en Ecuador (la Escuela en el Valle de los Chillos), en Venezuela (LEA), en Argentina (la Biblioteca como Núcleo de Desarrollo Comunitarios), entre otras experiencias y programas que describe en forma magistral. Estas experiencias aportan razones por las que se pueden y se deben promover y desarrollar propuestas educativas creativas e innovadoras en las que participen la comunidad y todos los involucrados.

El libro también es una oportunidad para reconocer a los grandes educadores que, a pesar de no tener los insumos económicos y materiales necesarios para realizar su labor, logran cumplir con su cometido. Un ejemplo es el relato *Trabajo dos turnos y hago crochet*, en el que la autora

describe lo que hace una profesora comprometida: “Una de ellas, madre soltera con cuatro hijos, trabaja dos turnos durante el día, en primero y tercer grados y hace crochet por la noche; a menudo saca más de la venta de los tejidos de crochet que de su trabajo, aunque confiesa que por compromiso con sus alumnos y por sentirse corresponsable de su presente y futuro continua en la docencia y que simplemente porque le gusta enseñar”.

Menciona que también existen muchas madres que educan y entienden bien que no es divorciando a la escuela de la comunidad como se obtienen resultados, como en San Juan de Morán, en Ecuador, donde los niños y sus madres-maestras pasan de lunes a viernes, de 8 a 12 de la mañana en aulas comunitarias, donde tres de ellas participan directamente enseñando a leer y escribir a los niños, con cantos, lectura, aprendizaje visual y construcción de oraciones; a pesar de su poca formación las madres logran generar espacios de aprendizaje significativos para todos.

Es un libro que muestra lo ignorantes que podemos llegar a ser cuando pretendemos conocer sobre aspectos educativos; por ejemplo, en el artículo: *Niños, no se olviden de usar el hilo dental*, relata una vivencia donde la autora comenta la charla de una dentista sobre la importancia de la higiene bucal. Dice textualmente: “la exposición fue clara, didáctica y amena. La joven dentista tiene indudablemente madera de pedagoga. El único pequeño problema es que no sabe ubicar su audiencia. La escuela en cuestión está ubicada en un barrio marginal, sumamente pobre, de Belo Horizonte, Brasil, y a los niños a los que ha recomendado el cepillado después de cada comida y el uso diario del hilo dental son niños que a duras penas comen una vez al día y viven en casa en las que no hay agua corriente ni lavabos, ni siquiera letrinas.

Esta insensibilidad social, desafortunadamente, no se ve sólo en casos como éste, donde quien explica se preocupa poco por el grupo que escucha. Para la autora se trata de la misma

torpeza e insensibilidad que abundan en círculos y textos escolares que recomiendan una alimentación y nutrición adecuada entre niños que no tienen las condiciones indispensables de vida. El libro relata lo estéril que pueden ser algunos programas educativos lanzados al vapor, pues muchas veces no tienen un alcance significativo; también describe lo equivocado que pueden llegar a ser algunas decisiones que toman los gobiernos al detener programas exitosos por cuestiones políticas o por tratar de enmendar nuestros errores con un borrón y educación nueva, argumentando buscar el beneficio de nuestros educandos. Esta situación está muy clara en el *Itinerario V*, bajo el título: *Desmantela y va de nuevo*, donde, utilizando varios ejemplos, se muestran diversos esfuerzos por cambiar el estado actual de cosas y las iniciativas quedan archivadas, olvidadas o negadas por funcionarios entrantes.

Los ejemplos planteados anteriormente no son los únicos. El libro abunda en la descripción de situaciones parecidas, como

la falta de conciencia y de adaptación al medio de nuestros educadores que, al olvidarse de la flexibilidad que debe existir en su planeación, intentan cumplir mediante técnicas poco pedagógicas, o lo banal o poco productivo que es equipar a las escuelas de medios tecnológico-educativos, olvidando que capacitar a estos maestros en el uso de estas nuevas tecnologías (*Itinerario III, Educadores*) es un compromiso del Estado, sobre todo si quiere realmente obtener resultados positivos del uso de estos recursos pedagógicos. Lo negativo o autoritario que puede ser el método participativo empleado por docentes que no entienden siquiera la palabra participación; éste es otro ejemplo que hace pensar sobre la utilización de novedades sobre las que no se reflexiona sobre su finalidad ni el contexto donde se pondrá en práctica.

En síntesis, el libro nos retrata como educadores, pues desde su perspectiva todos so-

mos educadores. Muestra las virtudes y, en algunas ocasiones, descarnadamente, los vicios que tenemos al momento de promover aprendizajes específicos en grupos concretos. Nos invita a reflexionar desde nuestra práctica para educarnos a nosotros mismos mediante el relato de las experiencias propias para poder remover la tierra y sembrar nuestra semilla en el vasto campo de la educación. Finalmente, es una clara invitación a “ver las huellas de nuestro andar”; a quitar el polvo a los pequeños grandes detalles que, desafortunadamente, la rutina diaria opaca poco a poco; a recuperar nuestra experiencia, hacer de ellas un cuento, un poema que relaten nuestra historia para que se pueda comparar nuestro itinerario por la educación, como si éste fuera el itinerario que Gulliver, Colón o Magallanes siguieron para redescubrir los otros mundos, para no olvidarnos de lo importante que somos para nuestra sociedad.

*Héctor Aarón Ríos Mendoza*

